Históricas Digital

“Cuarta parte”

p. 243-280

Nicolás Pizarro

*Obras II. El monedero*

Carlos Illades y Adriana Sandoval
(edición, recopilación y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Coordinación de Humanidades
Instituto de Investigaciones Filológicas

2005

616 p.

Texto

(Nueva Biblioteca Mexicana 154)

ISBN (pasta dura) 970-32-3204-3
ISBN (rústica) 970-32-3205-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

# CUARTA PARTE

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

# 1. LA OCUPACIÓN DE MÉXICO

¿Qué mexicano podrá recordar sin lágrimas, sin horror y desesperación, los aciagos días 19 y 20 de agosto, 8, 12, 13 y 14 de septiembre de 1847? México, la ciudad de la primavera eterna, a la que hermosean tantas bellas flores y tantas graciosas mujeres; que indolentemente se ha consumido bajo el cielo más diáfano y espléndido que se conoce en medio de un lujo creciente; que cada día desfallece más y más con sus discordias insensatas, como un hombre amputado, a quien no le ligan una arteria, vio repentinamente interrumpidos sus placeres, cuando tronó el cañón de alarma en la plaza mayor, y cuando el toque de rebato, compasado, monótono y aterrador por su misma novedad, vino desde la torre de la Catedral a noticiar a sus habitantes que el enemigo extranjero, por el mismo rumbo que Hernán Cortés, había llegado a la encumbrada meseta del Anáhuac.

¡Frontera,[1] víctima de Padierna; Martínez de Castro[2] y Peñúñuri, héroes de Churubusco; Balderas[3] y León,[4] vencedores en el Molino

[1] José Frontera (1798-1847). Militar realista que se adhirió al Plan de Iguala en 1821. Murió en la batalla de Padierna, cuando combatía a los invasores estadounidenses (*DEM*).

[2] Luis Martínez de Castro (1819-1847). Periodista y escritor. Durante la invasión estadounidense partició en la defensa del Convento de Churubusco. Fue herido en combate y murió después de seis días (*DEM*).

[3] Lucas Balderas (1797-1847). Militar realista que se adhirió luego al Plan de Iguala. Participó en el levantamiento de la Acordada y combatió a los invasores estadounidenses. Murió en la batalla del Molino del Rey (*DEM*).

[4] Antonio de León (1794-1847). Ingresó al ejército realista en 1811, pero luego se adhirió al Plan de Iguala. Fundó una logia masónica en Oaxaca, en 1828. Diputado y gobernador de Oaxaca. Renunció cuando Herrera llegó a la presidencia. Formó un batallón de soldados mixtecos cuando se inició la guerra con los Estados Unidos. Murió en combate contra los invasores en la batalla de Molino del Rey (*DEM*).



D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



del Rey; Gelati,[5] Pérez y Xicoténcatl,[6] muertos pero no vencidos en Chapultepec, habéis bajado a la tumba con otros miles de buenos mexicanos, mostrando a los que hemos sobrevivido quién es el enemigo contra el que debe emplearse ese encarnecimiento de que hemos dado tantas pruebas en medio siglo de guerras fratricidas!!!

La pérdida de la capital, verificada en la noche del 13 de septiembre de 1847 por haberla evacuado nuestro ejército, es un suceso de tan inmensa trascendencia para toda la América, que verdaderamente sorprende cómo no ha sido bastante para fijar invariable e incesantemente el curso de nuestras ideas, refiriéndolas todas a la salvación de nuestra independencia. La falta de energía que se advierte entre nosotros siempre que se trata de este punto vital, el olvido increíble en que estamos de que la primera ley de todos los seres animados es la propia conservación, aterra verdaderamente cuando se piensa en el amenazante porvenir acaso reservado a las razas hispano-americanas. Por lo demás, la ocupación de la capital por un enemigo extranjero nada tiene de nuevo en la historia de los pueblos más belicosos. Los galos tomaron a Roma después de tres siglos y medio de su fundación, la quemaron y estuvieron sitiando por siete meses el Capitolio, que fue lo único que quedaba a los romanos, hasta que Camilo vino a alcanzar con las armas la paz que sus conciudadanos estaban comprando a peso de oro; con el Capitolio hubiera perecido Roma y seguramente su historia, que ahora llena el mundo, habría sido tan diminuta como la de los sabinos y albaneses, cuyo territorio fue el primero que aquéllos se anexaron. Nosotros pudimos dejar sin perecer la capital en manos de los enemigos, porque nuestro Capitolio se halla en nuestros estados del interior; allí existen nuestra nacionalidad y todas nuestras esperanzas contra ese pueblo ambicioso que a toda costa espera apropiarse de nuestro territorio.

A la llegada de Breno, rey de los galos sobre la Italia, había precedido el terror que infundían las estatuas gigantescas de los invasores y aún ahora, leyendo a Plutarco, parece que el destino de Roma era ser dominada por aquellos hombres que se presentaban como invenci-

[5] Gregorio Vicente Gelati (1805-1847). Militar. Luchó en la guerra contra la secesión de Texas. Combatió a los invasores estadounidenses y murió en la batalla de Molino del Rey (*DEM*).

[6] Felipe Santiago Xicoténcatl (1805-1847). Militar. Comandante del batallón de San Blas, murió en combate durante el asalto estadounidense al Castillo de Chapultepec (*DEM*).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



bles; y sin embargo, nadie ignora cuál fue el destino de las Galias y aún de la Germanía, que costó más de doscientos años de guerra, y de casi toda la tierra conocida entonces, que fue sojuzgada por los descendientes de aquellos que para empezar a vivir como pueblo tuvieron que robar mujeres. Roma triunfó de sus enemigos por la virtud, comprendiendo en esta palabra el valor y todos los sacrificios que impone una noble entereza; pero cuando a la libertad de aquellos altivos ciudadanos sucedió el despotismo, cuando el falso esplendor y la ambición de subyugar a muchos pueblos quitó a aquellos patricios la justificación y la prudencia con quienes habían gobernado por varios siglos, cuando en fin en nombre de la fuerza y atropellando todo derecho, sus emperadores pretendieron quitar a la Humanidad su conciencia y a la naturaleza sus leyes, el poder de Roma desapareció para siempre, dejando grandes lecciones, ruinas colosales, y haciendo ver al mundo que un pueblo verdaderamente libre jamás es sojuzgado, y que las naciones más prepotentes nada pueden contra él, mientras que defiende la razón y el derecho.

Estamos llamados los mexicanos a sostener una lucha eterna; débiles por nuestras discordias, atrasada en civilización la mayoría de nuestro pueblo por efecto de la educación teocrática y las preocupaciones en que se le ha imbuido, tiene no obstante un glorioso destino que cumplir, porque es el antemural que debe sostener la libertad y las nacionalidades amenazadas del continente de Colón. A la democracia desbordada debemos oponer la democracia pacífica; a las instituciones liberales, pero falseadas en su base por contenerse en ellas la esclavitud y la despreciativa distinción de castas, debemos oponer el orden verdadero, que es la genuina libertad aplicada a todas las clases, a todos los hombres que quieran vivir bajo nuestro cielo.

Vicios hay en la constitución de los norteamericanos, que continuamente amenazan destruir la unión federal, y tal peligro se ha aproximado mucho desde que Polk[7] ha impulsado a sus nacionales lanzándolos a la conquista de inmensos terrenos que en mucho tiempo no lograrán poblar, y que difícilmente podrán defender.

El mayor enemigo que tiene México son sus propios hijos, mientras continúen destrozándose; esta horrible discordia es la que nos hace

[7] El presidente James Polk llevó a los Estados Unidos a la guerra en contra de México en 1842. El ejército estadounidense salió victorioso; al final de la guerra México tuvo que ceder una gran área de su territorio (*Encarta* 1999).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



aparecer en el mundo con tantos vicios y defectos que la pluma se niega a estampar las expresiones enérgicas que inspira el patriotismo, a los pocos que consideramos la lucha de las facciones como muy miserable ante el peligro que está corriendo nuestra independencia. ¿Qué entusiasmo pueden sentir los pueblos para defenderse, cuando hace medio siglo que experimentan toda clase de males, sea cual fuere el partido que se haya apoderado del mando, cuando sólo han cosechado como fruto de la libertad, levas, contribuciones inmoderadas, injustamente repartidas, obvenciones parroquiales y judiciales, aduanas interiores, concurrencia desfavorable de efectos extranjeros, ruinosa del todo para los pocos productos del país? ¿Qué ha podido producir sino males esa concentración de la propiedad raíz y de inmensos capitales, en manos de los que enseñan el desprecio de las riquezas, esos comandantes generales viciosos que han ido a alimentar su fausto de sátrapa en los estados, esos gobernadores tiranos e impotentes que no han sabido ni querido tal vez proteger a sus súbditos de las depredaciones de los salvajes, y que sólo se han ocupado de facilitar el contrabando, arruinando al erario?

La gran república norteamericana que sabía todo esto, porque en mucha parte lo ha causado, lejos de tratarnos como hermanos, según era de su deber y aun de su conveniencia, ha despachado sus ejércitos para invadirnos, sin razón, sin motivo plausible, para pavonearse después ostentando laureles alcanzados en las victorias que nosotros mismos les hemos proporcionado, con el pronunciamiento de los llamados "Polkos",[8] con la insubordinación inaudita del general Valencia, con el desobedecimiento de algunos gobernadores, con la ineptitud y cobardía de nuestros jefes, y con las tramas constantes que en contra del poder público se han puesto siempre en juego entre nosotros, cuando se ha tratado de salvar algún grande interés nacional.

¡Oh, México! ¿Qué hiciste a las otras naciones para recibir tantas afrentas? La hez de todos los pueblos de la Tierra ha venido a arrojar la ignominia sobre tu frente… ¡Y para que el dolor fuera aun más acerbo, los criminales sacados de las prisiones de Puebla han venido a triunfar de ti, con la osadía más inaudita, con el descaro más brutal,

[8] Movimiento en contra de Valentín Gómez Farías ocurrido en 1847, para impedir la aplicación de la Ley de intervención de bienes eclesiásticos. Se le conoce así porque sus miembros gustaban de bailar la polka, aunque también puede haber alguna alusión al presidente estadounidense James Polk (*DEM*).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



porque *tal fue el presente de civilización que te prepararon desde muchos años atrás, nuestros hermanos los americanos del Norte!*

¡Honor a los valientes que en medio de tanta ignominia prefirieron una muerte segura a sobrevivir después de una paz vergonzosa! ¡Gloria al pueblo de la capital, porque consultando solamente a su valor, después que fue abandonado por nuestras tropas, se arrojó casi inerme a una lucha desesperada contra un ejército victorioso, mostrándose verdaderamente invencible! Sí, invencible, porque contra tan heroica y espontánea resolución nada pudieron las balas ni la táctica de los enemigos, porque nunca rindió sus pocas armas las que, por el contrario, supo aumentar quitando no pocas al invasor, pues cuando el soldado americano perdía la vida en las calles de México, el hijo del pueblo ganaba sus armas y sus municiones. ¡Parque! ¡Parque! ¡Esto era el grito del pueblo más sumiso del mundo en el día 14 de septiembre de 1847, desafiando a un ejército que traía enormes trenes de artillería, al que disputó palmo a palmo la ciudad de sus padres! Faltos de centro común y de jefes, con muy pocas armas y escasísimas municiones, sin combinación anterior, entregados a sus instintos generosos, combatían los mexicanos en guerrillas, inutilizando la artillería del enemigo, que no podía enfilar sus piezas sobre calles al parecer desiertas, de las que salían sobre los americanos fuegos certeros que los hicieron retroceder en muchos puntos. El pueblo no disputaba posiciones y cuando no podía hacer frente con buen éxito por la multitud de enemigos que llegaron a cercar a varios grupos, desaparecían éstos para volver a presentarse por otra calle; pero pronto concluyó el parque, y el terror que justamente inspiraba generalmente tan comprometida situación, hizo que apareciesen, como al mediodía del 15, banderolas blancas en los balcones de las casas, con que se indicó al vencedor que había cesado toda resistencia.

El pueblo se retiró silencioso, llevando su arma al hombro, y fue a curar las heridas de sus amigos y a llorar sus muertos…

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

## 2. LA DESOLACIÓN

Acababan de sonar compasadamente en el reloj de la Catedral de México las doce de la noche, anunciando que el nefasto día 14 de septiembre de 1847 había terminado su curso; la luna velada casi enteramente por nubes espesas alumbraba débilmente los edificios de la ciudad, sumergida en un silencio profundo, interrumpido a veces por tiros de fusil, que el eco repetía distintamente, volviendo a quedar la ciudad en aparente calma. Al concluir las doce campanadas, mil voces prorrumpieron en un prolongado grito, diciendo: "¡Centinela! ¡A... ler... ta... !" que otras voces más distantes repitieron, añadiendo "¡mueran los yanquis!" a cuyo grito respondieron las primeras "¡mue... ran... !".

En las calles del centro, ocupadas ya por los americanos, se cruzaban cargados de despojos varios merodeadores, mientras que otros procuraban forzar las puertas de las camas, disparando sus armas sobre las cerraduras. Entre las que sufrieron en esta horrible noche el saqueo se encontró la de don Domingo Dávila, que ya nuestros lectores conocen. Este señor se hallaba enfermo y desahuciado, hacía algunos meses. Su enfermedad le había venido de la pena moral que le había causado la pérdida de casi toda su fortuna en un negocio que ofrecía ganancias muy pingües, y al parecer seguras, por la respetabilidad de las personas que habían intervenido, comprometiéndolo a que prestara gruesas sumas, de las que no había logrado reembolsarse. Su mayor desgracia consistía en que no había tribunal a quien humanamente pudiese ocurrir, porque las personas que para garantía habían firmado unos documentos que tenía en su poder gozaban fuero, y tenían una muy alta influencia en el tribunal privilegiado. El negocio de que provenían aquellas obligaciones que habían quedado por tales causas sin valor, no era de los que pueden publicarse para buscar el apoyo de la opinión y en tan desesperada situación, obligado el señor Dávila a sostener las grandes apariencias de su casa, había llegado a


D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



dos ruinas a un tiempo, la de su caudal adquirido en continuados afanes por espacio de muchos años y la de su salud.

Su hija Rosita, que ignoraba absolutamente el estado de su casa, siguió ostentando su hermosura y sus galas, hasta que la gravedad en que se encontraba su padre la había hecho abandonar toda diversión, constituyéndose la más cuidadosa enfermera a la cabecera del paciente, a cuyo lado estaba en la hora de que hemos hablado al principio de este capítulo.

La pieza que ocupaba el señor Dávila era aquella recámara de que hemos dado noticia en la segunda parte, desde la cual podía observar a los que entraban y salían, y cuidar en días más felices de su dinero, guardado en el despacho que tenía en frente. Dicha pieza sólo comunicaba, según recordarán nuestros lectores, con el resto de la casa por una puerta sin tener otra salida.

La veladora que arrojaba una luz azulada, daba en el momento de que hablamos un aspecto sepulcral a la pieza en que se encontraban cuidando al enfermo Rosita y Clara, vestida la primera de negro, sentada en la misma cama de su padre, en quien clavaba una mirada desconsolada, y la segunda dormitando sobre un sillón. Los síntomas del paciente eran terribles: no había hablado en las últimas veinticuatro horas, una palidez mortal se extendía sobre todo su rostro, los ojos cerrados, con profundas ojeras, los labios casi blancos, rodeados de una mancha oscura y circular que llegaba hasta el extremo de la barba. Repentinamente dio un profundo suspiro, entreabrió los ojos y recorrió los objetos que tenía delante, con una mirada lánguida y vaga, y los volvió a cerrar diciendo con voz apagada:

—¡Rosa, Rosita!

—Aquí estoy papá; ¿Qué ya no me conoces?, la joven se puso a llorar.

—¿Qué va a ser de ti, hija mía?

Rosita no pudo responder, la ahogaban los sollozos que en vano pretendía reprimir.

Seguramente costó un grande esfuerzo al paciente el proferir aquellas palabras, porque en seguida le atacó una tos cavernosa y seca que lo puso en absoluta postración. Clara, que se había dejado vencer por el sueño, se despertó entonces, propuso a Rosita el que le dieran al enfermo una bebida que estaba preparada; pero éste tenía apretados los dientes y no pudo tomarla, lo que hizo prorrumpir a Rosita en un llanto deshecho.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



La tos le volvió luego al enfermo con mayor fuerza, oyendo llorar a la hija, la palidez de su rostro se volvió lívida, sus ojos se quedaron fijos, sin brillo, y podría habérsele creído muerto si no se le hubiera oído pronunciar muy difícilmente estas palabras incoherentes: ¡Rosita… el pronuncia… miento… de fe… bre… ro! niegan la deu… da ¡hija… mía!

En esto se oyó un ruido horroroso, como que se derrumbaba la puerta del zaguán después de algunos tiros, y las jóvenes se miraron llenas de espanto, al tiempo mismo en que todo los criados de la casa en confuso tropel fueron entrando a la recámara de don Domingo, casi sin aliento, diciendo con la mayor angustia: ¡ahí están! ¡Ya vienen!

Rosita conoció entonces el inminente peligro en que se hallaban todos; pero por la más cruel fatalidad no había remedio alguno; la pieza en que se habían reunido no tenía otra salida que aquella por donde se sentían ya venir los que habían forzado la puerta de la calle; ninguna otra puerta intermedia podría siquiera detenerlos, porque las rejas de fierro que había en el contraportón y en la cima de la escalera se habían quedado abiertas, para poder ir con prontitud a traer los auxilios que el enfermo necesitase, de manera que no quedaba ningún recurso. ¿Qué haremos?, decían todos con acento desesperado, a la vez que se oían muy distintamente las pisadas y la confusa vocería de los que habían invadido las piezas inmediatas. Clara, como inspirada, con voz sofocada, dijo, ¡el ropero! y en seguida señaló la puerta que ya estaba cerrada. Todos la comprendieron al momento, y cargaron con aquel mueble para que sirviera de tranca, echándose sobre él para aumentar su peso. Apenas habían ejecutado esta breve operación, cuando oyeron un grito penetrante y prolongado: cada uno vio con espanto a los demás indagando quién faltaba de la familia, pero todos estaban presentes: los sollozos comprimidos que se oyeron inmediatamente después, vinieron a probar a los que estaban allí refugiados que alguno había quedado abandonado. Rosa dijo entonces con una voz desfallecida:

—¡La pobre enfermera y su hija!

En efecto, por una fatalidad y contra su oficio de veladoras, se habían quedado dormidas por haberse desvelado algunas noches anteriores en compañía de Rosita y de Clara.

Las pisadas brutales de los yanquis (ellos eran los que habían entrado), y el ruido de los fusiles que descansaban estrepitosamente en el suelo, indicaron a los refugiados que los enemigos habían llegado a la pieza más cercana, de los que les separaba solamente una débil puerta

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



atrancada con el ropero. Clara advirtió entonces que la luz que tenían iba a perderlos si la distinguían los invasores, e inmediatamente la apagó, quedando el cuarto en una completa oscuridad. Los hombres que había dentro de él continuaron cargándose sobre el ropero con todos sus fuerzas, como si ya hubiese llegado el momento del ataque, por cuyo esfuerzo se hubiera podido percibir una respiración anhelosa y sofocada, si no lo impidiese el estrépito con que vaciaban las cómodas y rompían los baúles aquellos ladrones, dándoles de culatazos, dominando sobre todos estos ruidos el guirigay[9] de muchos que gritaban a un tiempo.

Advirtiendo Clara que no atacaban la recámara del moribundo, se atrevió a curiosear por una rendija de la puerta que no cubría el ropero, y distinguió un grupo de americanos vestidos con chaquetas azules color de mortaja franciscana, con pantalones del mismo color hechos tiras, lo que les permitía lucir la pierna pelada. Vio también que ninguno de aquellos traía ropa interior, porque de un baúl abierto estaban sacando ropa blanca, de la que se proveyeron todos sin dejar harapo ninguno de camisa ni calzoncillos. El ejemplo lo daba siempre un hombre alto, de ruda fisonomía, ojos azules sin brillo ni expresión, de una melena rubia que le bajaba en desorden hasta los hombros, y con una barba muy poblada y crecida. Los americanos venían acompañados de algunos mexicanos que se miraban en segundo término, y que no se atrevían a tocar las cosas hasta que los primeros no se despachaban; estaban vestidos como los charros pobres del país, y sólo se distinguían en su calidad de *contra-guerrilleros*, que así se llamaban, por una cinta encarnada puesta en el sombrero. Éstos eran de los que el general Scott mandó sacar de la cárcel de Puebla. El americano de las melenas, que era el único que no mostraba estar borracho, pues los demás no podían tenerse en pie, cada vez que hacía seña a los suyos de que se apoderasen alguna cosa, pues él sólo había tomado una camisa que en el acto se puso, dirigía la palabra a un mexicano horriblemente chato, que tenía a su lado, diciéndole:

—Esto por mí, mexicano ¿eh?

A lo que "El Chato" respondía con una señal afirmativa inclinando la cabeza.

Al abrir una gran cómoda aparecieron a los ojos de los bandidos los vistosos trajes de Rosita y el jefe hizo una seña a los americanos para

[9] Lenguaje obscuro y de dificultosa inteligencia (DRAE).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



que se los distribuyeran, como lo hicieron inmediatamente. De repente los ojos del de las melenas se dilataron brillando extraordinariamente, mientras que "El Chato" fingía la mayor indiferencia, y era que habían distinguido entre ambos una caja de alhajas, que el primero abrió y volvió a poner como estaba. El resto de americanos y mexicanos pasaron a otras piezas llevando las luces que a su tránsito habían encontrado y no tardaron en presentarse los primeros vestidos de fraque, levita o chaqueta, con sombrero catrín, remediados algunos de la gran necesidad de botas, con las cuales volvían ya muy ufanos, mirando el lustre y dando recias pisadas, remedando una mojiganga[10] que en circunstancias menos desgraciadas habría causado la mayor diversión a Clara, que los atisbaba. La comparsa volvió a recorrer las piezas por donde había entrado, sin que el americano de melenas ni el chato se separasen de la cómoda en que habían distinguido la caja de alhajas. A poco oyeron los de la casa ruido como de dinero desparramado por el suelo, y vio Clara que el yanqui de las melenas hizo un impulso en ademán de ir a ver lo que causaba aquel ruido, que luego fue seguido de un tumulto espantoso entre americanos y mexicanos; pero "El Chato" no se movió, ni el yanqui llegó a separarse del objeto que había fijado su codicia. Éste emprendió en seguida la vía diplomática; habló mucho, mucho, sin lograr darse a entender de "El Chato", hasta que al fin convencido de que nada adelantaba, le hizo a éste seña con las manos de que partirían. El mexicano accedió, retirando la mano derecha, que en todo este tiempo había tenido puesta sobre el puño de una daga oculta entre su camisa y la banda; pero apenas había hecho esta demostración de paz cuando el yanqui le atacó furiosamente, empujándole sobre una consola de mármol que fue a romper el infeliz con su cabeza dando en una esquina, lo que le hizo caer sin sentido, oyéndose un terrible estertor. El yanqui se sonrió satisfecho, y Clara sintió tal espanto que no le permitió distinguir lo que continuaron haciendo en seguida los americanos.

Algún tiempo después y algo repuesta, vio Clara que el yanqui salía de las piezas donde los otros habían acabado de vestirse, y traía puesta una levita y otros pantalones, pero sin sombrero, porque seguramente no habían alcanzado para él; se dirigió en seguida al espejo en que se peinaba Rosita, se untó pomada y se alisó el pelo, dando muestras de

[10] Fiesta pública que se hace con varios disfraces ridículos, enmascarados los hombres, especialmente en figuras de animales (DRAE).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



quedar muy contento; se puso la cachucha, y sin duda le pareció que no correspondía al traje por lo rota y mugrosa, y la botó al suelo, yéndose en derechura a la recámara de don Domingo, en que estaba toda la familia.

Clara no dijo nada a sus compañeros de infortunio temiendo que un grito imprudente acelerase su desgracia; pero cuando vio que el yanqui venía en derechura a la puerta, en busca dê sombrero sin duda, y notó que para abrirla preparaba una pistola, el exceso mismo del terror embargó sus sentidos y se despidió de la vida.

El yanqui tropezó con el cuerpo de "El Chato", atravesado cerca de la puerta que pensaba descerrajar, y perdiendo el equilibrio dejó caer la cajita de alhajas que tenía debajo del brazo, se agachó a cogerla y echando un horrible juramento en inglés, descargó la pistola en la cara del contra-guerrillero; vio entonces tirado por el suelo el sombrero de éste, lleno de galones, y lo tomó, le quitó la cinta colorada que tenía en la copa, se lo puso y fue a verse otra vez al espejo. Concluida esta operación, arrojó sobre la luna del espejo el candelero que tenía en la mano y la hizo mil pedazos, cayendo al suelo la vela apagada, cuya pavesa ardiendo todavía describió un gran círculo. El yanqui se alejó a paso lento, guiado por la luz que en la pieza inmediata habían dejado sus compañeros.

En ella se hallaban la enfermera y su hija. Ésta era quien había dado aquel grito desgarrador que tanta ansiedad había producido en la familia. Cuando los americanos y contra-guerrilleros penetraron a las piezas altas de la casa, "El Chato", que los guiaba preguntó a la enfermera, que se despertó con el mayor espanto, dónde estaba el dinero y la familia. La anciana no respondió, y enfadado de tal mudismo que calificó de resistencia, le había dado un puntapié en el pecho. Entonces la hija había comenzado a gritar, y para callarlas, un americano les repartió a diestra y siniestra culatazos a la madre y a la hija, dejando a la primera sin vida y a la segunda sin sentido. Cuando el yanqui de las melenas volvió a aquella pieza, la hija de la enfermera que empezaba a reponerse, no acordándose de lo que les había sucedido, procuraba despertar a la madre creyéndola dormida, haciendo penosos esfuerzos para incorporarse, pues se lo impedían los dolores que en aquel instante sentía.

—¡Madre! ¡Madre mía! ¿Qué nos ha sucedido?

El yanqui atraído por aquella voz quejosa, se acercó a la joven que ya había logrado sentarse, a tiempo que ésta se apretaba la frente como para librarse de aquella visión que le parecía sueño. El yanqui le habló

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS


en inglés mezclando algunas palabras en castellano, sin que la joven comprendiese nada más que "mucho bueno", repetido por aquél con tenacidad.

Dominada entonces por el terror dio un nuevo grito, y procuró esconderse bajo la muerta.

En aquel estado le pareció al conquistador americano hermosa la hija de la pobre enfermera... y un mismo lecho vio la muerte de la madre y la violación de la hija.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

## 3. LA PAZ CON LOS INVASORES

Poco después de que abandonaron la casa de don Domingo Dávila los ladrones nocturnos, apareció la nueva luz poniendo un término a los horrores de aquella pavorosa noche, y al distinguir sus primeros rayos, se pusieron de rodillas los criados siguiendo el ejemplo de Clara, sin poder articular oración alguna, llorando de un modo entrecortado y lastimoso. Clara comenzó a preguntar por Rosita, y como no respondía, dijo levantando la voz y llena de inquietud: quitemos el ropero para ver lo que ha sucedido. Mientras esto se verificaba, comenzó a buscar a tientas, pues no había aún claridad bastante, hasta que guiada por el vestido que caía al suelo, encontró a Rosita sobre la cama de su padre, ¡Aquí está! ¡Aquí está!, gritaba alborozada mientras que ponían el ropero en su lugar, que entonces les pareció muy pesado; iban a abrir las hojas de la puerta, cuando oyeron de nuevo el ruido de mucha gente que entraba por la asistencia, y exclamaron con acento desesperado,

—¡Ya vuelven! ¡Allí están! y cada uno de los criados fue a ocultarse según pudo por los rincones y por debajo de la cama del señor Dávila, deseando en aquel momento ser tragados por la tierra.

Una veintena de hombres armados había entrado, pero eran hijos del pueblo de la capital, que se habían batido denodadamente el día anterior y parte de la noche. Rendidos de cansancio, se habían dispersado citándose para la madrugada del día que había llegado ya, con el fin de renovar la lucha. Un joven carpintero, cuyo arrojo había ganado la admiración de sus compañeros a quienes mandaba, era hermano de Clara, e inquieto por la suerte de ésta, había venido a verla a la cabeza de su gente, deseando proteger a la familia del señor Dávila si lo necesitaba.

Dominado por una vaga inquietud, Mauricio, éste era el nombre del carpintero, no había aguardado que llegase la aurora para ir acompañado de un gran perro prieto de Terranova que nunca lo dejaba y al


D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



cual llamaba "Alteza", a esperar a sus amigos al punto convenido, que era el callejón cerrado de Dolores, por tener allí los combatientes cubierta la espalda con el convento de La Concepción, y la derecha con las casas, a la vez que su retirada era muy expedita hacia la plazuela de La Concepción y el barrio de Santa María. A poco de estar allí el carpintero, llegaron los compañeros, excepto uno que había recibido el día anterior un balazo en la mano a tiempo de quitar el arma y la cartuchera a un yanqui muerto, pero en lugar del herido venía un pariente suyo trayendo el rifle que tan caro había costado. También, pero sin fusiles, otros paisanos, a quienes difícilmente se logró persuadir para que se fueran a su casa, porque para un combate en que todo lo decidían las balas, aumentar el número de gentes sin armas era ofrecer otra desventaja, además de las que naturalmente tenía el pueblo. Mauricio repartió unas tortas de pan que había traído consigo diciendo a sus compañeros:

—No tengo por ahora otro desayuno; pero prometo mi sarape al que primero matare un yanqui, y un par de pesos al que ganare un rifle. Todos acogieron con gusto la proposición y gritaron subiendo gradualmente la voz: ¡viva México! ¡Mueran los yanquis! Y oyeron que otras voces repetían con un eco prolongado ¡mue.. ran! Eran las de otros valientes que se estaban reuniendo en las calles de la Pila Seca.

—¡Muchachos!, dijo Mauricio a los suyos, voy ahora a pedir a ustedes un favor… quiero que me acompañen a la casa de don Domingo Dávila, que no dista mucho de aquí, pasada la calle de la Águila, en el número 8 de Medinas.

—Allí vive un gachupín muy rico, dijo una voz.

—No es gachupín.

—Ese hombre es malo, gritó otro, maltrata siempre a los hijos del pueblo.

No sabiendo qué responder Mauricio a esta observación, dijo:

—Yo les proponía a ustedes que fuéramos un momento a esa casa, porque en ella tengo una hermana; pero si ustedes no quieren ir, voy yo solo…

—Por ti iremos, respondieron muchos a la vez, y se pusieron en camino yendo a su cabeza Mauricio, quien les encargó no se pusieran cerca unos de otros, para que si recibían el fuego del enemigo no les hiciese mucho estrago.

Mauricio se sorprendió mucho al llegar a la casa, de encontrar abierto el zaguán y sin alma viviente el patio y la escalera. Pasaron el corre-

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



dor y entraron, no sin algún recelo a la asistencia, que todavía no estaba bastantemente iluminada por la luz natural, y en donde ardía con una llama azulada y triste pronta a extinguirse, una pavesa en una palmatoria. La hija de la enfermera fue el primer objeto que se presentó a vista de Mauricio con los ojos hinchados y alteradas todas sus facciones. Luego que ésta distinguió a los compañeros de Mauricio se arrastró medio desnuda por el suelo sobre las manos y los pies, y huyó hacia un rincón gritando:

—¡Martín! ¡Martín! ¡Despabílate el ojo! ¡No te encandiles!

Atónitos Mauricio y sus compañeros se miraban unos a otros, ignorando la causa de aquel extraño espectáculo. Mauricio se encaminó a las otras piezas, encargando a su gente que le esperase, y que vigilasen la calle. Entró hasta la última recámara sin encontrar a nadie, y empezó entonces a llamar a media voz, diciendo:

—¡Clara! ¡Clara!

—¡Mauricio! ¡Mi hermano!, respondió ésta abriendo inmediatamente la puerta de la recámara en que estaba, y precipitándose en los brazos de éste, que de pronto fue rodeado de personas que sollozaban.

—¿Pero qué ha sucedido? ¿Ha muerto el señor Dávila?

Aquella fue la vez primera que pensaron los sirvientes en su amo, teniendo que lamentar una nueva desgracia, porque éste había expirado sin que ninguno supiese a qué hora.

—Abre un balcón, Clara, no veo nada.

La joven obedeció, y entrando la luz todos empezaron a distinguir algunos bultos informes, que estaban regados por el suelo y eran los desechos que habían dejado los americanos como pantalones, cachuchas hechas pedazos y algunos sombreros de petate.

—¡Un muerto!, gritaron varios a la vez y Mauricio pudo reconocer a un famoso contra-guerrillero que en el día anterior los había a perseguido mucho.

Clara refirió a su hermano todo lo que había visto, y éste le dijo:

—Vámonos de esta casa; no estás aquí bien.

—¿Y Rosita?, dijo Clara, ¿y el señor Dávila?

—Nos los llevaremos, porque no tardarán en volver los americanos, y les inculparán a ustedes por la muerte de este hombre.

Clara entró a la recámara del señor Dávila, a la vez que todos los criados desaparecieron como por encanto, y abrió un poco el balcón. Al reflejo de aquella media luz que penetró suavemente por entre las cortinas se miraba a Rosita inmóvil, vestida de negro, blanca como el

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



mármol cual si fuese la estatua del dolor, sentada a los pies de la cama, junto a su padre exánime.

—Rosita, lo dijo su amiga al oído, temiendo incomodar al señor Dávila, es preciso llevarnos al señor don Domingo, porque los americanos seguramente volverán y…

Rosita no respondió.

—Mauricio ha venido con gente que podrá transportar cuidadosamente al señor don Domingo…

—¡Sólo que lo lleve a la tumba!

—¡Cómo! ¿Por qué dice usted eso, Rosita?

—¡Porque ha muerto!

No pudiendo prolongar por más tiempo la hija el esfuerzo supremo que había hecho para soportar la muerte de su padre, desde que en la obscuridad había reconocido que no daba señales de vida, lo comenzó un hipo convulsivo que tanto parecía un sollozo como una agonía.

—¡Mauricio! ¡Mauricio!, gritó Clara, ¡que se muere Rosita!

Mauricio entró a la recámara y pudo enterarse inmediatamente de toda aquella escena terrible; y conociendo que el permanecer en casa por algunos momentos más, era exponer a una muerte segura a los valientes que le acompañaban, y a algunos ultrajes a las jóvenes, dijo su hermana con voz resuelta:

—¡Clara, valor! ¡Toma a la señorita del brazo y sígueme! de lo contrario somos perdidos.

—¡Pero si se ha privado!

Salió, inmediatamente el joven y llamó a cuatro robustos compañeros con los que volvió a entrar.

—Clara, cubre a la señorita con una capa para que dos de estos buenos muchachos la lleven.

—¿Y el señor don Domingo?

—No se quedará aquí. Ve luego para nuestra casa con la señorita, yo cuidaré de que sea enterrado el señor don Domingo. Ninguna criada apareció más en aquella casa para que pudiese encargársele.

Clara salió guiando a los que cargaban a Rosita, y Mauricio hizo conducir al señor Dávila para el camposanto de Santa Paula.

Al pasar junto a la pobre loca, que no dejaba de repetir su extraño grito:

—¡Martín, Martín, despabílate el ojo! no pudo el noble carpintero resolverse a abandonarla, y encargó a sus camaradas que envolviéndo-

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



la en una sábana y tapándole la boca para que no gritase, la condujesen a su casa, y así esta vez, como otro carpintero caritativo, que fue el primero en recoger en México a las dementes, Martín daba asilo a la hija de la enfermera y a otra joven desvalida encargándose de los funerales del padre de ésta.

Domingo Dávila había sido lo que se llama un poderoso; había ostentado repetidas veces esa magnificencia que alimenta la envidia de la mayor parte de los que viven en las grandes ciudades; siendo un plebeyo había aspirado a la alta distinción social, había soñado en la nobleza haciéndose servir por criados a quienes degradaba poniéndoles librea, que éstos se habían apresurado a abandonar sin guardar el más ligero afecto por el que los había marcado con una señal de ignominia. Nada había quedado del rico, del poderoso, del político, sino unos restos inanimados que marchaban a una huesa[11] ignorada.

En otras circunstancias la multitud de carruajes enlutados, el triste clamoreo de las campanas en unas exequias suntuosas, y una vanidosa inscripción habrían dado al mundo la noticia de que algo muy elevado, muy soberbio, pero muy inútil, había caído; pero en esta vez ese mundo siempre falso perdió la ocasión de hacer ostentación de su vanidad; unos pocos hombres del pueblo llevaban con visible repugnancia, y sólo por complacer a su jefe, el cadáver de Domingo Dávila, sin ataúd, sin mortaja y sin dolientes.

El cementerio estaba solo; los naranjos dispuestos en calles y las flores esparcidas en aquel lugar, disminuían la natural repulsión que siempre se experimenta al penetrar a la morada de los muertos. La comitiva llegó a la pequeña iglesia de Santa Paula que está en medio del cementerio, y depositó dentro de ella el cadáver, mientras que con unas azadas que por acaso se encontraron, cavaron los hombres del pueblo una fosa en que pusieron el cadáver cubriéndolo de tierra.

—¡Muchachos!, dijo entonces Mauricio, hemos cumplido con un doloroso deber, vamos ahora a buscar a los yanquis: ¡Viva México! La comitiva respondió con entusiasmo repitiendo este grito, y se alejó apresuradamente tomando la calle que viene directamente para La Concepción a fin de volver a ocupar su sitio favorito.

Serían las ocho de la mañana cuando emprendieron la vuelta los que habían enterrado al señor Dávila; el fuego de fusilería que en el día anterior había llegado a ser muy nutrido porque salía de todos los ángu-

[11] Hoyo para enterrar un muerto (DRAE).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



los de la ciudad, había cesado desde la noche sin volverse a repetir sino muy débilmente, se reanimaba a veces y luego decaía sensiblemente, porque los americanos habían ocupado ya las alturas más importantes y cazaban a los mexicanos.

Al llegar cerca de La Concepción vieron los del grupo que seguía a Mauricio, que la torre y la azotea de esta iglesia estaban coronadas de americanos, y tuvieron que variar de plan yéndose a unir con los que desde la madrugada habían respondido por la Pila Seca.

Al encontrar a sus camaradas hubo entre ambos grupos grande algazara, que fue interrumpida por una guerrilla de norteamericanos que se desprendió de La Profesa, y que cuerpo a cuerpo vino a batirse con los mexicanos. Aceptaron el combate replegándose a los quicios de las puertas de las tiendas, que estaban cerradas, logrando así estar a cubierto de los rifles enemigos, hasta que éstos se detuvieron porque empezaron a sufrir alguna pérdida, y se desviaron un poco extendiéndose por la calle de Donceles y la de La Canoa desde cuyas esquinas hacían fuego. De repente Mauricio vio que se aproximaba otra guerrilla que había salido de La Concepción y que venía a cortarlos por la calle de La Misericordia; avisó prontamente a sus compañeros el peligro, y advirtiendo que se atolondraban por no saber qué hacer, dio la voz:

—¡A San Pedro y San Pablo por Santa Catarina que no está ocupada!

Llegados los combatientes a la esquina de San Ildefonso, penetraron algo en esta calle, y se ocuparon en batir una partida que había invadido la calle de Medinas y había pasado a la de La Encarnación. El tiroteo continuó por un largo tiempo con pérdidas por ambas partes, sin que unos ni otros avanzaran, hasta las once del día en que apareció en las esquinas una proclama al pueblo expedida por la municipalidad, en que se recomendaba a éste hiciese cesar los horrores de una resistencia sin esperanza, retirándose a sus hogares. Al mismo tiempo aparecieron en muchas casas banderas blancas, pidiendo la paz al vencedor.

Mauricio, dirigiéndose a los de su barrio, les dijo:

—El ejército nos ha abandonado después de que Santa Anna y los padres excitaron al pueblo para que resistiese a los invasores hasta morir; ahora nos manda la única autoridad que ha quedado que nos retiremos; obedezcamos, para que no se nos culpe después de haber atraído sobre la capital mayores desgracias, y se pretenda juzgar como una falta el que defendamos nuestro suelo contra unos aventureros. Vean ustedes, todas las casas piden con bandera blanca la paz; retiré-

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



monos, acaso vendrán mejores días; se hará entonces justicia a los que hemos venido a protestar derramando nuestra sangre contra la dominación extranjera. Muchachos, ¡viva México! y todos respondieron lanzando el mismo grito, retirándose en seguida por diferentes rumbos.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

## 4. LA FAMILIA DE MAURICIO

Mauricio vivía con sus ancianos padres en la calle de La Amargura, en una casa de vecindad: dos piececitas en alto servían para la madre y otras dos piezas en bajo, una de las cuales tenía puerta a la calle, servían para la carpintería en que se empleaban Mauricio y otros oficiales, dirigidos por su padre en clase de maestro. Luego que el trabajo de uno y otro empezó a dar lo suficiente para una subsistencia módica, Mauricio había instado mucho porque se volviese Clara al seno de su familia; pero el afecto y consideración con que era tratada en la casa del señor Dávila habían impedido que se realizase el justo deseo del joven carpintero, que naturalmente activo y de carácter independiente, miraba como una deshonra el que su hermana continuase sirviendo en la casa de un rico, cuando él podía trabajar para la subsistencia de la madre y la hija. Los padres de ésta no se atrevían a separarla de su acomodo, por dos razones principales; primera porque en la modesta casa que tenían no podían proporcionarle a Clara los goces, las comodidades y el lujo a que ya se había acostumbrado, y segunda, porque recordaban que al venir de Puebla, de donde eran todos nativos, no habían encontrado otro asilo que la casa del señor Dávila. Así habían continuado las cosas, hasta el momento en que el curso de los acontecimientos había hecho que no tuviese otra protección la hija mimada del poderoso en cuya casa servía Clara, que la de aquella honrada familia.

Serían las doce del día cuando Mauricio llegó, seguido de su perro, a su casa, lleno de polvo, sin el sarape que había sacado en la mañana, porque lo había dado al primero que había muerto a un yanqui, con su rifle terciado al hombro, trayendo sobre la chaqueta que era de paño azul, una cartuchera. Había sido sargento del batallón de Guardia Nacional, que mandó el licenciado don Guadalupe Perdigón, y había creído que antes de rendir el arma que la nación había puesto en sus manos debía perder la vida. Se había encontrado con su batallón en


D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Cerro Gordo, en Churubusco y finalmente en la defensa que el pueblo hizo de la capital, según hemos ya referido.

Al llegar a su casa, le esperaba lleno de ansiedad su pobre padre.

—Mauricio, me has tenido con el mayor cuidado; entra, entra hijo mío, que bastante has hecho para que ninguno te crea cobarde.

El joven se sonrió con ingenua satisfacción, y preguntó inmediatamente por Clara.

—Está allá arriba; sube y consuélala, porque toda la mañana ha llorado al lado de doña Rosita.

El joven se miró entonces las manos tiznadas de pólvora, su pantalón blanco muy sucio, y sus zapatos rotos.

—¿Cómo he de subir así?

—Te bajaré tu ropa limpia.

El padre de Mauricio deseaba mucho que su hijo se cambiase la ropa para que, si como temía, lo buscaban los americanos o los contraguerrilleros, no dieran con él por las señas del vestido, y conociéndolo puntilloso, no se atrevía a decirle cuál era el verdadero motivo, y así añadió:

—Es necesario que la señorita te vea bien tratado.

Esta conversación pasaba en uno de los cuartos de la carpintería a la sazón en que se oyó salir del otro un grito.

—¿Qué es eso, padre?

—¿Cómo qué es eso? La muchacha loca que mandaste…

—¡Pobrecita!

—¿Y qué haremos con ella?

—Cuidarla mientras Dios dispone otra cosa. Voy a verla.

El joven se introdujo al segundo cuarto donde estaba la loca, y corrió ésta en cuatro pies, escondiéndose entre unas tablas puestas en un rincón.

Mauricio quitó las tablas y las colocó sobre las virutas en forma de cama, se acercó a la loca, que dio entonces muy fuertes gritos, le tomó suavemente las manos y comenzó a acariciarla, con lo cual cesó de gritar.

Su padre bajó con la ropa, la puso sobre uno de los bancos y con algún disgusto dijo a Mauricio:

—Si continúa dando esa infeliz tan espantosos gritos como los que ahora estaba dando, será necesario llevarla a La Canoa.

Mauricio no respondió, continuando su caritativa empresa de tranquilizar a la enferma.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



—Aquí está tu ropa, póntela, te está esperando tu madre y dice que la engaño, que te han muerto y que yo se lo oculto.

—Voy luego, pero antes hágame usted un favor.

—¿Qué quieres?

—Baje usted mi colchón.

—¿Para qué?

—Para esta pobre.

—En tu cama está doña Rosita.

—¡Ah! pues alguna ropa… ¡Cómo se me ha quedado esta pobrecita en las virutas! Vea usted, casi está desnuda.

El anciano subió y trajo una sábanas y un sarape viejo, con lo que Mauricio hizo una cama provisional sobre las tablas.

—¿Y tu sarape fino?, dijo el anciano; no lo he encontrado allá arriba.

—Lo regalé, padre.

—¿A quién?

—Al herrero de esta calle, que hoy fue el primero de los míos que dobló a un yanqui… ¡ah, qué puntería tan buena!

—Sí, puntería buena, pero mucho tiempo ha de pasar para que juntes para otro sarape; el trabajo no anda ahora nada, y mientras que has ido de seca en meca, va para cuatro meses, nada has ganado.

—Dios dará, padre, Dios dará.

El joven carpintero tomó entre sus robustos brazos a la loca que no opuso resistencia, y la llevó a la cama que había improvisado.

—Padrecito, otro favor.

—¿Qué quieres?

—¡Tantita sopa, de esa que toma mi madre por enferma!

El anciano trajo la sopa y Mauricio con admirable paciencia fue dándosela a la loca, quien al principio la rehusaba; la hizo tomar también una poca de agua y la dijo:

—¡Ahora a dormir! ¡Quietecita! y la acostó con suavidad, saliendo después del cuarto padre e hijo; éste en seguida se lavó las manos y la cara, se peinó y se cambió la ropa.

Mauricio era delgado, bajo de cuerpo y de facciones finas; al verlo no se creía que fuera un artesano, sino por el vestido que llevaba, y menos podía sospecharse que aquel mozo a quien apenas le había pintado el bozo, pues tendría dieciocho años, abrigase un corazón indómito, y tuviese un brazo nervudo, muy pronto en castigar cualquier insulto. Atrevido aunque generoso, vivo, desinteresado y muy amante a su familia, era verdaderamente el tipo del artesano de México, sin

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



que afeasen estas cualidades, como generalmente sucede en los demás, los vicios de la borrachera y de la informalidad que tanto degradan a nuestros menestrales, porque afortunadamente su padre le había dado en esto buen ejemplo, apartándolo de las malas compañías que lo hubieran pervertido.

Mauricio subió a abrazar a su madre, que hacía algunos años padecía una enfermedad habitual, y fue después a acariciar a su hermana, quien permanecía sin hablar al lado de Rosita, que inmóvil era presa de un dolor acerbo.

Mauricio indicó en voz baja, después de saludar con una inclinación de cabeza a Rosita, que era necesario comiesen, a lo que la hermana accedió con la esperanza de que Rosita quisiese tomar alguna cosa.

Mauricio acercó a la cama en que estaba la huérfana, una mesa blanca de cortas dimensiones, y Clara extendió sobre ella un mantel limpio, pero viejo y algo agujerado; los cubiertos no eran numerosos y aunque la criada de mandados, que era también la cocinera, había procurado darles lustre, no había podido quitarles las manchas que contrae el latón a poco tiempo de que se usa.

Clara rogó, suplicó a Rosita que tomase algo de aquella pobre comida, y ésta, para mostrarse deferente, se incorporó; pero al verse por primera vez sin su padre en el momento de comer, al considerar el aspecto miserable de lo que se le ofrecía, pues en lugar de los lucientes platones de porcelana y las jarras de cristal con que era servida en su casa, vio unos platos que parecían sucios de puro viejos, una cazuela para la sopa y un cántaro en el suelo para el agua, prorrumpió en un llanto copioso que, afortunadamente, no vino acompañado con el hipo que en toda la mañana lo había estado repitiendo por intervalos.

Algo desahogada con aquel llanto y consolada en lo posible con las caricias de Clara, apenas pudo indicar que después comería y que la familia no se detuviese por ella; de lo que resultó que casi ninguno comiera.

Mauricio y su padre se bajaron a la carpintería para concluir una obra de que se había encargado éste, y cuya paga interesaba recibir cuanto antes. Mauricio vio con mucho gusto tranquila a la pobre loca, y se puso a trabajar ardorosamente hasta que desapareció la luz natural. Entretanto Rosita y Clara continuaron sumergidas en un mar de aflicción, la primera por el amor que siempre le había tenido a su padre, y la segunda que por este mismo había sabido cuál era el estado de ruina a que había llegado, previera que la suerte de su amiga iba a ser de lo más desgraciada.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



¡Pobre huérfana! cubierta aún con el traje de la opulencia era la mujer más infeliz. Sola en el mundo, no debía esperar que hubiese personas dispuestas a enjugar sus lágrimas, porque los personajes con quienes su padre había llevado relaciones son duramente egoístas, y las pocas familias con quienes había hecho ella un mediano conocimiento, y que pertenecían no a la mejor sociedad de México sino a la parte más vana y pretensiosa, encontrarían la ocasión de desquitarse con el desprecio, y acaso con la burla, de la envidia que les había causado en los días de su pasada opulencia.

La mujer en la sociedad es una débil yedra que se seca y muere cuando no tiene en qué apoyarse. ¡Pobre Rosa! tan frívola, tan agraciada, era la obra más acabada de lo que llamamos nuestra civilización y progreso; pero la fortuna entre sus vueltas caprichosas la había arrojado a otra atmósfera, a círculos desconocidos, de los que difícilmente podría salir. Aquella alma que no había experimentado más que goces inocentes aunque fastuosos, iba como a cerrarse con las aflicciones continuadas, con el trabajo diario, a que de ningún modo estaba acostumbrada. Aquellas gracias delicadas, aquella seducción que parecía seguirla a todas partes en sus días felices, iban a eclipsarse, a marchitarse entre las paredes de una humilde accesoria, si llegaba a faltarle la protección de la familia de Clara, entre los chismes de una vecindad, y al feroz contacto tal vez de la indigencia... sin otro recurso que el vicio... porque ¿cuál es el amparo de la mujer virtuosa siendo pobre? Un trabajo continuo como es el de la aguja, de muy mezquinos resultados, y destructor de las constituciones más robustas; y además, humillante, por el modo inhumano con que lo encargan y lo reciben las grandes señoras; he aquí el recurso principal con que podría contar la pobre huérfana. Iba a experimentar en su propia persona una transformación dolorosa, porque tendría el remordimiento de no haber sido muy sensible a las aflicciones que sufren las mujeres que quedan sin apoyo en el mundo; iba a reconocer las virtudes de que dan testimonio todos los días las clases pobres, y aunque no había sido aristócrata como su padre, no había sido muy solícita en dulcificar las aflicciones de aquellos hermanos suyos que pertenecen a esas últimas clases, los había visto casi con indiferencia, como si no existiesen, porque estaba muy alta, y había bajado para aprender a amarlos y aun a respetarlos, dando un terrible ejemplo de la verdad de aquella sentencia del Dante: "¡NO HAY MAYOR DOLOR QUE ACORDARSE DEL TIEMPO FELIZ EN LA MISERIA!".

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

## 5. MONTEMAR Y MAURICIO

Pasados algunos días en que Rosita no dejó de ser objeto de las más exquisitas y tiernas atenciones de parte de Clara y de su familia, conociendo que les era realmente gravosa, pues había advertido que empeñaban algunos objetos de poco valor para la subsistencia, cosa en que de ningún modo había pensado, tuvo con su amiga la siguiente conversación:

—Oye, Clara, yo estoy muy agradecida a toda tu familia, especialmente a ese excelente Mauricio, que constantemente me da pruebas las más delicadas de cariño; verdaderamente, yo no le conocía a pesar de haberle visto muchas veces en casa.

—Nosotros deseamos solamente que en lo posible esté usted a gusto.

—Bien, yo te lo agradezco; pero sin que te ofendas, te diré la verdad; creo que estoy siendo gravosa para ustedes, y he pensado que sin esperar los nueve días, pues este término de vana etiqueta no es el que aliviará mi dolor, establezcamos la casita en que al fin tendremos que vivir. ¿Qué dices?

Clara, no queriendo dar un nuevo y terrible golpe a su amiga, desengañándola acerca de su verdadera posición, se puso muy colorada, y apenas pudo decirle:

—Como en la terrible noche del día 14 los americanos…

—Sí, saquearon mi casa y se llevaron mi ropa y mis alhajas; pero aunque es una nueva desgracia, no nos arruina, compraremos otros muebles de menos lujo, por supuesto nos haremos otros vestidos…

—¿Pero quién podrá ir a la casa? Mauricio dice que viven en ella unos americanos…

—Lo que más importa es que se recojan los papeles de mi padre. ¿Quién podrá ser bueno para esto? Ya te acordarás cuánta gente nos importunaba diariamente, ¡y ahora no hay quién se acuerde de la pobre huérfana!

Cuando esto hablaba Rosita subía con un médico Mauricio; acababa aquél de reconocer muy prolijamente a la pobre loca, y aunque la


D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



había encontrado algo tranquilizada, sobre todo por la presencia del joven, a quien le había cobrado cariño y confianza por los cuidados que tenía con ella, manifestaba los síntomas más desconsoladores de una demencia rematada y casi continua, que tal vez podría curarse en el hospital, teniendo todos los auxilios indispensables, los que en la casa del carpintero no podrían facilitársele. El médico, que era don Rafael Torreblanca, a quien hemos conocido en la de Tepepam y que había ya pasado a radicarse en la capital, subía a poner una carta a la rectora del hospital llamado del Divino Salvador,[12] y a reconocer a la enferma habitual. Concluidos estos quehaceres, se sentó a platicar un momento con las jóvenes, por ser ya conocido de Clara desde San Ángel, fijando especialmente su atención en Rosita, cuyo porte elegante y cuya interesante palidez hicieron que naciera en él una respetuosa curiosidad. Clara aprovechó los momentos para lo que acababa de preguntarle Rosita, y dirigiéndose al facultativo le preguntó:

—¿No conoce usted al comandante Montemar?

—Uno que era ayudante del general Santa Anna.

—No sabemos.

—Pues yo conozco a un coronel que se llama Arturo Montemar, a quien he asistido algunas veces, vive en la calle de Santa Isabel.

—Será el mismo probablemente; es muy elegante, tiene un bigote negro muy retorcido.

—El mismo.

—¿Y por qué preguntas Clara, interrumpió su amiga, por el señor Montemar?

—No me decía usted hace poco que se necesitaba una persona para que recogiese los papeles de…

—Sí… pero… el señor Montemar es militar… no debe estar en México y sería tal mejor… caso que… el señor quiera hacernos el favor de…

—Cuanto usted guste, señorita.

—Bien conozco, dijo Rosita, que no es muy propio encargar a un médico una comisión que lo distrae de sus enfermos; pero el asunto es tan importante… y además, como es necesario explicar el objeto por el cual deseamos llamar a alguno de los amigos de mi padre… una carta tendría, inconvenientes…

—Llamaré a quien usted guste, señorita.

[12] Este hospital estaba destinado para las mujeres dementes y fue fundado en 1687. A los varones se les recluía en San Hipólito.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



—A don Fernando Henkel.

Clara miró a Rosita sorprendida, y el facultativo contestó:

—¿Un joven que tiene un almacén de máquinas en la calle de La Profesa?

—Sí, señor; ¿le conoce usted?

—Perfectamente: le he curado hace cosa de un año, de una epilepsia, y en su almacén he comprado varias cajas de instrumentos; y a fe que es un excelente sujeto.

Rosita se hallaba tan pálida que se hizo notable un ligero sonrojo que experimentó al oír aquel elogio de Fernando, y al saber que hacía cosa de un año que había estado enfermo, porque tal tiempo correspondía probablemente a los días que siguieron a la fiesta con que en San Ángel se había celebrado su natalicio.

—Pero es el caso que el señor Henkel ha marchado a California hace algunos meses, y sólo que en estos últimos días haya venido…

—Rosita suspiró involuntariamente, porque pensó que aquel apoyo con que había contado también se le imposibilitaba, y porque le pasó como un remordimiento la idea de que alguna parte tendría ella en aquel largo viaje.

—Iré, señorita, inmediatamente a buscar al señor Henkel, y en caso de no encontrarle, porque aún no haya regresado de su expedición, buscaré al señor Montemar, y le diré…

—Si tiene usted la bondad de decirle que tiene un negocio que encomendarle Rosa Dávila, noticiándole el fallecimiento de mi padre, sirviéndose usted darle las señas de la casa, se lo agradeceré.

—Voy al momento, señorita; y se despidió.

En la tarde se verificó la traslación de la loca a la calle de La Canoa y vino el coronel Montemar, pues había alcanzado otro grado más en aquel mismo año, aunque entonces no tenía como de costumbre las charreteras puestas ni el bigote, pues traía la cara enteramente limpia de barbas y venía vestido de paisano a la última moda.

Mauricio, que había vuelto muy triste después haber ido a dejar a la loca al hospital, se hallaba en la puerta de la carpintería, cuando se presentó el coronel preguntando por la señorita Rosa Dávila.

El joven carpintero le dijo con la mayor urbanidad y aun con respeto que allí vivía, ofreciéndole que pasara; pero Montemar, a quien no se le había quitado lo petulante, no sabiendo si había de entrar por la carpintería, le dijo con altanería:

—Anúnciele usted a esa señorita que aquí está el coronel Montemar.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



El carpintero, picado del tono, y principalmente al oír que era un coronel el recién venido, le dijo:

—Sí, voy a anunciarle que aquí la busca un coronel desertado…

—¡Insolente!, gritó Montemar alzando un bastón que traía en la mano y amenzando con él a Mauricio, mientras éste continuó con una tranquilidad insultante cruzándose los brazos:

—Un coronel que se ha quitado las charreteras y se ha rapado la cara.

Afortunadamente el padre de Mauricio salió a tiempo de poder impedir la lucha, que iba a comenzar entre el joven carpintero y Montemar, por haber aquél agarrado el bastón con que fue amenazado pretendiendo quitarlo; lucha peligrosa para el coronel, porque el "Alteza" que nunca abandonaba a Mauricio, había empezado a tomar parte, y como se verificaba en la calle, se había reunido alguna gente que tomaba el partido del carpintero al saber que su contendiente era un coronel.

Mas la reyerta no tuvo consecuencias; Montemar conducido por el anciano entró por el zaguán a la casa y subió a ver a Rosita con la misma gravedad cómica que habría empleado aun cuando no hubiera tenido ningún contratiempo. Saludó a Clara apretándole la mano y guiñándole el ojo, se compungió al hablar con Rosita, lloró al recibir la noticia de la muerte del señor Dávila, aunque ya lo sabía, y al tomar el encargo de recoger los papeles de su casa protestó la mayor eficacia, en cuya promesa no engañaba, porque al punto había formado su plan de casarse con la huérfana, si los bienes de ésta correspondían como el creía a sus locas esperanzas.

Lleno de júbilo Montemar ni se acordó al salir a la calle de los insultos que le había inferido Mauricio. En la misma tarde sacó una orden del general Scott para que se le entregase todo lo que hubiera en la casa en que había vivido el señor Dávila, donde con grande asombro del coronel no encontró nada que pudiera darle algún indicio de lo que buscaba, porque los estantes estaban vacíos, los baúles rotos, así como los pocos muebles que quedaban, pues la casa había sido enteramente saqueada.

En la misma noche de aquel día había ido a visitar a algunos banqueros para preguntarles por el estado en que probablemente habría dejado don Domingo Dávila su fortuna, y quién sería depositario de sus bienes. Unos se negaban a responder absolutamente, otros decían medias palabras que le daban mucho en qué sospechar, y algunos en fin le aseguraban que en los últimos meses la firma del señor Dávila ya no corría ni con gran descuento en la plaza.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



No dándose por satisfecho del resultado de estas indagaciones, visitó al siguiente día casi de madrugada al viejecito de la tos asmática, que conocimos en el convite que el señor Dávila había dado en San Ángel hacía poco más de un año, y que después vimos una noche en el numero 8 de la calle de Medinas. Montemar sabía cuán íntimas eran las relaciones que habían existido entre este viejecito y el señor Dávila, y refiriéndole el frenético amor que aseguraba sentir por Rosita le aseguró que venía a consultar sobre la conveniencia de enlazarse con ella, especialmente en las circunstancias en que se encontraba, por carecer de todo apoyo, retrayéndole únicamente que el vulgo llegase a creer que lo hacía por las riquezas de la joven, lo cual le desagradaba infinito.

El viejecillo calándose los anteojos engastados en carey, le había respuesto:

—Lo que es el temor de que crean que se casa usted con esa interesante joven por su dinero, debe usted del todo desecharlo, porque no tiene un maravedí.

—¡Cómo!

—En el último año de su vida hizo el señor Díez de Dávila malos negocios que según dicen le arruinaron, y si a esto se agrega el saqueo que sufrió su casa la noche en que murió, ya podrá usted inferir que en cuanto a dote nada puede ofrecer la niña. Usted no obstante hará muy bien en casarse con ella, porque tiene excelentes prendas, supuesta la resolución en que está usted de enlazarse con persona rica. Tiene usted por lo mismo una novia a pedir de boca.

—Sí, ciertamente…, sólo que será preciso diferir el enlace un poco de tiempo, ya usted ve que las circunstancias…

El viejecillo conoció que se estaba vendiendo el coronel, y para ahorrarle nuevas mentiras, o tal vez por no profundizar algo sobre las causas de la ruina del señor Dávila, se puso en pie indicando con esto que lo despedía, lo que comprendió sin dificultad Montemar, tomando inmediatamente su sombrero.

En aquel mismo día buscó el coronel al facultativo, le instruyó extensamente del resultado de sus indagaciones, y le suplicó transmitiese las malas noticias a Rosita, añadiendo que él no lo hacía en persona por el dolor que le causaba tan enorme catástrofe de la que parecía estar en completa ignorancia la desgraciada joven.

El facultativo cumplió con aquella infausta misión, cuyos terribles efectos nos abstenemos de referir, porque sobrepasan a cuanto pudie-

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



ra describir la pluma; solamente indicaremos que el mismo facultativo concurrió desde aquel día con la mayor asiduidad, acompañado a veces de otros médicos, porque Rosita sufrió una gravísima fiebre cerebral de la que con mucha dificultad se salvó…

Nos es indispensable referir un incidente que vino a empeorar la situación de aquella angustiada familia, afligiéndola de un modo extremadamente cruel.

Aunque México posee el arte de disimularlo todo, y a pocos días de invadido por los americanos comenzó el acostumbrado ruido, se abrió el comercio y apareció la opulencia con sus sedas y sus carruajes, las calles ofrecían el más triste aspecto transformadas en verdaderos muladares, por las inmundicias amontonadas y en putrefacción que en ellas arrojaban los yanquis, y porque constantemente se miraban sembradas de ebrios pertenecientes al ejército invasor. Los frecuentes y escandalosos robos, y los asesinatos perpetrados particularmente de noche, venían a recordar a los indolentes habitantes que se hallaban enteramente a merced de la soldadesca. A veces se hacían correr voces alarmantes de que desaparecían las patrullas que formaban los vecinos por cuidar de sus intereses, sin saberse su paradero, y de que azotaban en los cuarteles a todos los mexicanos que pasaban cerca de ellos por la noche.

Estas voces, que eran de por sí exageradas, tenían sin duda fundamento en algunos hechos aislados que entonces se repetían sin contradicción, y cuya relación de boca en boca tomaba incremento.

Mauricio y su padre habían salido una tarde con objeto de colocar una puerta que habían hecho en una casa de la calle de Santa Inés, y habiendo concluido su trabajo, ya entre dos luces, volvían muy satisfechos con lo que habían ganado, especialmente el hijo, por contribuir con aquello a la asistencia de Rosa que a la sazón estaba muy grave, pues aunque el facultativo la visitaba sin llevar estipendio alguno, y aun a veces facilitaba las medicinas, había otros pequeños gastos que cubrir para los cuales no había bastado lo que en el montepío habían prestado por dos anillos de Rosita, únicas alhajas salvadas, y que la mala suerte había querido que fuesen las de menos valor.

La noche estaba oscura, se miraba brillar a lo lejos algunos relámpagos y aun empezaba a lloviznar, las calles se hallaban enteramente solas, de manera que Mauricio y su padre no encontraron al volver para su casa un solo mexicano. Al llegar al atrio de la catedral no quisieron pasar al pie de la torre, aunque así abreviaban su camino, por-

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



que estaba lleno aquel tramo en su parte alta de americanos echados en el suelo, y en su parte baja de acémilas que allí tenían su corral; se fueron, pues, por las cadenas, donde a poco encontraron un soldado que iba arrastrando un sable, dio al pasar junto a ellos un fuerte empujón a Mauricio, el que comunicándose al padre de éste le hizo caer al suelo. Mauricio, que había jurado no recibir impunemente un insulto de los enemigos de su patria, cogió entre sus brazos al soldado para impedirle el uso de la espada, y empujándole hacia uno de los pilares de que están pendientes las cadenas, le dio un recio golpe que lo atarantó por algunos momentos, que aprovecharon los carpinteros ganando un corto trecho; pero levantándose el yanqui dio un horrible grito diciendo "¡hurra, american!", el cual llamó la atención de una patrulla que pasaba por allí, y que trató luego de aprehender a los fugitivos. Mauricio, viéndose en tal aprieto, para dar lugar a que su padre se salvara, se presentó a la patrulla, que lo apresó inmediatamente. El otro carpintero siguió corriendo por creer que su hijo lo había adelantado, y no conoció el peligro en que éste quedó hasta que llegó a su casa y le preguntó a la casera si ya había entrado Mauricio, lo que no habría podido verificar por la carpintería, porque el anciano tenía la llave en su poder.

La casera contestó negativamente, añadiendo con una oficiosidad que en aquellos momentos era muy cruel para el anciano:

—¡Vaya usted señor don Antonio a buscar a su hijo inmediatamente, pues los mexicanos que caen en manos de los yanquis por la noche ya no vuelven a ver la luz del día, porque los matan a fuerza de azotes!

Un sudor de muerte corrió por todo el cuerpo del anciano quien, sin responder a la casera, volvió al atrio de catedral, se paró un momento junto a los arbolitos que estaban entonces recién plantados y, sin saber qué partido tomar, dirigió sus ojos vagarosos por entre la oscuridad de la plaza, que no tenía encendidos sus faroles. Algunos yanquis borrachos, de los que no se ocupaba a pesar de que le daban empellones, y una que otra patrulla, fue lo único que logró distinguir. Armándose de resolución se fue en derechura a la puerta principal de palacio, y preguntó a uno de los centinelas que allí se paseaban si acababa de entrar un preso. El centinela no le prestó atención, tal vez por no comprender el idioma, y al observar que pretendía introducirse en el palacio, le dio un fuerte empujón que le hizo caer abajo de la banqueta. El anciano no se desanimó por esto y esperó a que mudaran centinelas, que acaso serían más humanos; pero nada logró. Entre tan-

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



to el reloj de catedral y el de palacio daban los cuartos y las horas, oyendo el viejecito las nueve, las diez y las once en medio de la más terrible ansiedad. Al fin se presentó un jefe que salía del cuartel, cerca de la medianoche, preguntó al anciano lo que quería, a juzgar por el ademán que le hizo cuando éste muy respetuosamente, y con el sombrero en la mano, estuvo en su presencia. Desgraciadamente el carpintero comenzó a hacer una larga relación del suceso, creyendo en su inocente solicitud que no debía omitir ninguna circunstancia, y el jefe que seguramente entendía muy poco el castellano, o que estaba enfadado por la hora en que lo habían despertado, le cortó la palabra diciendo con acento breve: ¡Tu moro, tu moro!, que el desolado anciano no comprendió absolutamente, viendo sólo que aquél le había vuelto la espalda.

Se sentó entonces muy abatido en la orilla de la banqueta, sin saber qué resolución tomar, hasta que sonaron las doce; entonces le ocurrió que su familia estaría con grande cuidado, y además sin un real para amanecer, hallándose Rosita en el mayor peligro; lo único con que se contaba era el precio de la puerta que habían llevado en la tarde él y su hijo.

—¡Pobrecito!, murmuró en voz baja y casi sollozando; no quiso tomar nada absolutamente del dinero que nos pagaron: ¡déselo usted a Clara, me dijo, para que no falten los alimentos a mi madre y la señorita! ¡Ignoraba que ahora se hallaría preso y que mañana no tendrá que desayunarse…!

El viejo sintió que se le saltaban las lágrimas, y queriendo que los americanos no oyesen sus sollozos, tomó el camino de su casa, resuelto a volver muy de madrugada.

Al llegar a ella abrió la puerta de la carpintería donde se había quedado encerrado el "Alteza", que lo abrazó haciéndole mil fiestas, y se salió a la calle buscando a la persona que faltaba, mientras que el carpintero encendía una luz. El perro volvió inmediatamente oliendo en todas direcciones, y cuando vio que cerraban la puerta sin que entrase Mauricio comenzó a aullar de un modo lastimoso, lo que hizo prorrumpir al anciano en un llanto deshecho. Como era preciso subir para tranquilizar a la familia, procuró serenarse, castigó al perro para que no aullara, volvió a encerrarlo y fue a presentarse ante Clara y la madre de ésta, buscando un pretexto para explicar su tardanza y cubrir la ausencia de su hijo. Clara, que velaba a la cabecera de su amiga, se levantó luego que vio entrar solo a su padre, preguntándole:

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



—¿Y Mauricio?

El anciano fingió que no había oído la pregunta, y dijo:

—¿Cómo sigue la señorita?

—El facultativo me ha dicho esta tarde que ya da esperanza pero… ¡Mauricio no entra!

—Mira, Clara, aquí te traigo este dinero que nos pagaron en la tarde; y el anciano dio un hondo suspiro.

—¿Pero dónde está Mauricio?

—Calla, no levantes la voz, se ha quedado a dormir allá abajo porque… porque está muy cansado… y yo también, con que hasta mañana.

—¿Pero que no cena usted, ni Mauricio?

—¿Quién piensa en eso? Mauricio ya estará roncando, y yo voy luego a hacer lo mismo. Duérmete y hasta mañana. El anciano se entró a la otra pieza en que estaba su esposa, a quien encontró dormida; se sentó sin hacer ruido en una silla ancha que servía para que descansara la señora en las pocas veces que la sacaban de su cama, y comenzó a cavilar en todo el resto de la noche acerca de lo que debería hacer para sacar a su hijo del poder de los americanos.

Dejamos a la consideración del lector cuán horrible sería el insomnio de aquel desventurado padre que estaba tan cerca de perder para siempre a su hijo.

¡Calcúlese por este solo infortunio cuál fue el horrendo cúmulo de males que trajeron a la República los americanos, siendo así que las familias que por su venida quedaron desoladas se podían contar a millares! ¡Gócense en este resultado las facciones que devoran las entrañas de México, gócense los gobernantes ineptos que han asaltado los puestos públicos, los soldados cobardes que corrieron ante el enemigo extranjero y que sólo tienen energía para maltratar a sus paisanos, y los malos sacerdotes, en fin, que pagaron la asonada del mes de febrero de 1847, y que antes y después han tenido tanta parte en la inestabilidad de nuestros gobiernos y en el cambio frecuente de nuestras instituciones!

El primer rayo de luz que entró en la pieza en que estaba el anciano lo encontró hincado, rezando y apenas lo percibió cuando un estremecimiento convulsivo se apoderó de él porque presintió que había llegado la hora de un horroroso desengaño respecto de la suerte de su hijo. Buscó con mano trémula y paso vacilante su sombrero, se colocó bien su sarape y se dirigió sin ruido a abrir la puerta que daba al corredor, la que volvió a entornar; bajó en seguida a los cuartos de la carpintería

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



para sacar al perro, porque necesitaba el auxilio, la compañía al menos, de algún ser sensible que se interesase por la suerte de su hijo.

La mañana era fría, el suelo estaba húmedo por haber llovido en la noche, pero el tiempo se había serenado del todo, y el cielo ostentaba ese azul límpido que casi siempre tiene nuestra atmósfera. Dieron las cinco en varias iglesias sin que tocaran el alba, y sin que apareciese en las calles ningún ser viviente. El anciano, seguido del "Alteza", atravesó apresuradamente entre las calles que corren desde Santa Catarina hasta las cadenas de catedral, y encomendándose a la cruz de piedra que se encuentra en el ángulo que éstas forman por el lado que mira al portal llamado de Mercaderes, se encaminó a la puerta principal del palacio, donde encontró a los centinelas americanos paseándose impasibles por la parte de afuera, envueltos en sus pequeñas capas azules. Quiso entrar y lo detuvieron, por cuyo motivo se resignó a esperar la llegada de algún oficial. Apenas se había sentado a la orilla de la banqueta cuando vio que sacaban dos grandes piezas de artillería que acostumbraban los americanos dejar todo el día en la plaza, del lado del atrio; tras de las piezas salió un carro cubierto que exhalaba alguna fetidez como de sangre que empieza a corromperse, seguido de unos quince o veinte hombres. Al ver aquel carro recordó involuntariamente el carpintero lo que en la noche había oído decir a la casera, y le pareció que la tierra huía debajo de sus pies, sufriendo un doloroso vértigo que lo precisó a apoyarse en la pared, quedando verdaderamente anonadado, fuera de sí, hasta que los gritos lastimeros de su perro a quien maltrataban los americanos porque iba olfateando el contenido de aquel misterioso carro, vinieron como a despertarle de un sueño. Maquinalmente fue siguiendo el anciano el curso del carro, impulsado de esa terrible necesidad que se siente en los más dolorosos trances de asegurarse por sí mismo de la realidad de una gran desgracia. El carro caminó algún tiempo en línea recta pasando por las calles del Reloj, hasta entrar en los potreros que se hallan a la derecha del que va hacia la parroquia de Santa Ana, en el lugar que se llama Tepito.

A una regular distancia de la grande acequia que por allí corre pusieron centinelas, con objeto de impedir que algún curioso se acercase, y los demás americanos se ocuparon de cavar una ancha y profunda huesa, sacando del carro los instrumentes necesarios. En esta operación se estarían hasta las ocho de la mañana, y entretanto se habían juntado muchos curiosos que desde lejos atisbaban qué cosa podría ser lo que iban a sepultar allí los americanos, sin que pudieran distinguir

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



más que unos bultos azules que iban depositando en el hoyo. En este acto el anciano hizo un esfuerzo desesperado para acercarse a la fosa, pero un centinela lo derribó de un culatazo y sólo pudo ver clara y distintamente, que su perro a quien no habían podido impedir que pasase, y que se había adelantado hasta la gran sepultura, daba vueltas en derredor de ella buscando un paraje a propósito para descender aunque se lo estorbaban los americanos, y que cuando cubrieron el hoyo con la tierra que habían sacado empezó a dar aullidos espantosos, removiendo la tierra con mucha precipitación, lo que habiendo sido observado por el jefe de la partida había originado la muerte de aquel generoso animal, pues sacó el americano una pistola giratoria y le dio seguidamente dos balazos.

El anciano en aquel momento dio un grito exclamando:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Allí… allí lo están enterrando! y cayó al suelo sin sentido.

El pueblo entretanto se había reunido en derredor del anciano; las mujeres lloraban, los hombres echaban juramentos y maldiciones y recogían piedras que ocultaban entre sus frazadas:

—¡Haremos, decían, lo que el 27 de agosto cuando estos gringos vinieron por víveres!

Concluida aquella faena mortuoria, los americanos se retiraron, seguidos de los muchos curiosos que se habían ido deteniendo al saber de boca en boca la noticia que daban las mujeres, de que los yanquis habían ido a enterrar a los mexicanos, a quienes habían hecho morir a fuerza de azotes la noche anterior.

Al llegar la comitiva al Puente Blanco, una nube de piedras cayó sobre los americanos, que cuando oyeron la voz de "¡mueran los yanquis!" ya habían sido derribados muchos de ellos al suelo. En el aturdimiento que les causó este ataque inesperado no supieron de pronto qué hacer, y aunque algunos dispararon después sus armas, fue al aire, porque los agresores se ocultaron con la rapidez de la exhalación en los callejones inmediatos.

Los americanos aceleraron el paso, echando a los que estaban lastimados en el carro, y llegaron sin otra novedad al palacio de donde salió inmediatamente una partida de caballería en busca de los que habían tirado las piedras; pero no encontró sino un viejo a quien traían desmayado unos dos hombres del pueblo. Los dragones recorrieron las callejuelas inmediatas al Puente Blanco, y sacaron de las casas indistintamente a cuantos varones encontraron, los tuvieron

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



presos algunos días y después escogieron de entre ellos a los que juzgaron más a propósito para azotarlos en la plaza de armas, precisamente en el ancho zócalo destinado para sustentar algún día el monumento que hace dieciséis años comenzó a erigirse en memoria de nuestra Independencia.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html